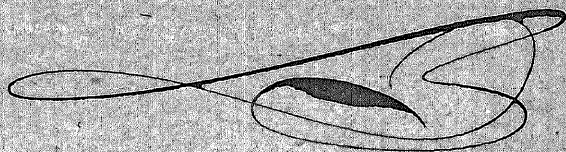


75
A mi querido amigo
D. Frac. Moyano Illayor.
El autor.



EL PAÑUELO BORDADO



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren on adelante tratados internacionales de propiedad titeraria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



EL PAÑUELO BORDADO

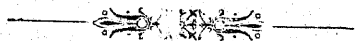
DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL CARRILLO TALLÓN

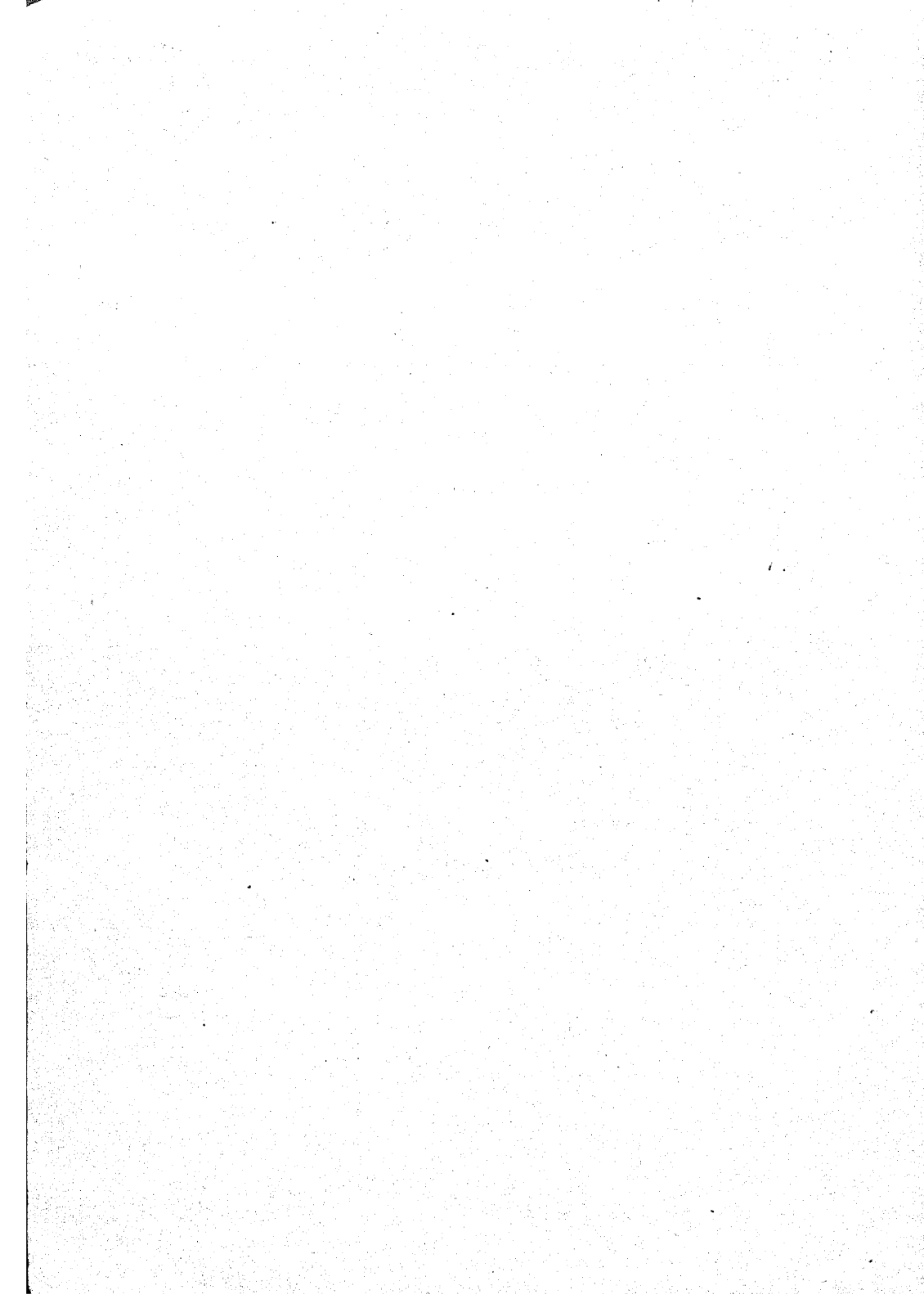
Estrenado con gran éxito en el TEATRO de PRIEGO (Córdoba)
el día 4 de Marzo de 1901.



PRIEGO

Imprenta «La Gutenberg»

1901.



*Al Señor D. Carlos Valverde López,
Abogado, esclarecido Poeta, Diputado provincial y
ex-Alcalde de la Ciudad de Biego.*

*Ignoro la acogida que dispensará el público á este drama cuando
aparezca ante su inapelable Tribunal. Yo acataré sin murmurar su fa-
llo; pero adverso ó favorable, esta obra como mi primera producción de
esta clase, será para mí la mas querida.*

*Hija de mi pobre imaginación y de mi torpe pluma, yo la dedico á
Ud., y creo que la aceptará, por que convencidos estamos del fraternal
cariño que nos une.*

*Sea pues este modesto trabajo una prenda mas de nuestra mútua es-
timación, y vayan juntos en él su nombre ilustre, y el sencillo nombre
de su leal amigo*

Miguel.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

<i>Elena</i>	Srta. Rita Florindo.
<i>Condesa de San Marcial</i> . .	Srta. Concepción Herrero.
<i>Blanca (de 10 años)</i> . . .	Niña Adela Martínez.
<i>Ricardo González</i>	D. Eugenio Pamplona.
<i>Cárlos Pérez</i>	D. Alfredo Cruz.
<i>Un criado</i>	D. Fernando Bozano.

La escena, el primer acto en Madrid; segundo y tercero en Roma.
Época contemporánea.



ACTO PRIMERO

Casa muy modesta; habitación-obra-dor con algunos muebles y efectos de pintor: un armario dentro del cual se colocará una pistola y papeles; una mesa; dos sillas; tintero, pluma y papel sobre la mesa. Puerta al fondo que es la de salida, y otra á la derecha del actor que comunica con el interior de la casa. Es de día.

ESCENA PRIMERA

RICARDO. *Aparece sentado*

Misera humanidad que así te complaces en las adversidades del hombre. Impotente una y mil veces la fuerza de voluntad, la honradéz, la laboriosidad y el talento. Lo positivo, según algunos célebres autores, es la tranquilidad de conciencia, el amor al prójimo, el desinterés, el ejercicio de la caridad y otras muchas voces más, muy morales y muy bonitas. Lo positivo según otros, es el dinero. Yo amante por educación y por principios de todas aquellas cualidades, me hago partidário de los segundos. El dinero, la posición social de la persona, no hay duda que contribuye muy mucho en la moralidad del individuo. Parece inverosímil, que yo marido de una de las mujeres en quien se reunen las mas bellas cualidades de hermosura, cariño, amante, virtuosa, modesta, cristiana y caritativa; en una palabra, buena esposa y mejor madre. Yo, padre de tres inocentes criaturas saludables y candorosas, á quienes comparo con el ideal mas deseado... Yo que á simple vista, parece no

debía quejarme de mi suerte, soy acaso, y sin acaso, el hombre mas desdichado del universo: *(con amargura)* soy un ente miserable; soy peor que un leproso; soy un ser despreciable y despreciado; soy un insensato, un loco, una sombra aterradora. *(Páusa y de pie)* ¿Pero quo estoy diciendo? ¡Quimeras vanas! En lugar de dedicarme á concluir el trabajo que ha de traerme algún consuelo, distraigo la imaginación y pierdo el tiempo en atribuirme cargos de que no soy responsable y en enojar á Dios. Cuando Él así lo quiere, será por que lo merezco; el que no se consuela es por que no quiere, según muchos filósofos. En fin, *(prepara un pincel y se dispone al trabajo)* manos á la obra y tengamos paciencia, si es que aun me queda alguna.

(A la vez que pinta declama)

«Cuentan de un sábio, que un día

«Tan pobre y mísero estaba,

«Que solo se alimentaba.....

ESCENA II.

RICARDO y ELENA. *Esta sale puerta derecha.*

Elena.—Buenos días, Ricardo mio. *(con cariño)*

Ricardo.—Adios, mi elena... *(con pena)*

Elena.—¿Hace mucho que trabajas?

Ricardo.—No, ahora empecé, y por hoy concluyo.

Elena.—Como, ¿has terminado el cuadro del señor Reyes?

Ricardo.—No, se terminará Dios mediante. *(olvidando sus penas)*

Ahora no debo, ni puedo.

Elena.—Espílicate.

Ricardo.—No debo, por que en presencia de una señora tan bella y encantadora, no es justo ni fino trabajar; y...

Elena.—Que lisonjera está la mañana.

Ricardo.—No es lisonja, es justicia bien merecida. Y no puedo, primero; por que me hacen falta dos colores, y segundo, por que como sabes, tengo precisión de ver al casero, y ya que no le dé dinero, le daré conversación, palabras de buena crianza, como dicen los andaluces.

Elena.—A propósito Ricardo, ¿sabes quien estuvo aquí ayer tarde?

Ricardo.—No lo sé, pero me lo figuro: siempre sería algún inglés de las tres ó cuatro docenas que tenemos; ¿acerté?

Elena.—Sí, por desgracia. Estuvo el zapatero, y cuando salía, entró el mozo de la tahona; y sin dilación vino para no interrumpir la escena, un dependiente del bazar inglés. Poco despues....

Ricardo.—Mira, espera. Hazme el señalado favor de suspender, por que temo no tengas memoria para relatar por su orden y condición, las visitas personales de ayer tarde. Ya me has dicho que pretendía audiencia el maestro Juan, por la cuenta de zapatos que le debo; el rubito de la tahona, por la de dos meses de suministro de pan; y el inglés del bazar, por la notita de brochas, pinceles, drogas &^a Aquí (*señalando ó sacando papeles de un bolsillo*) tengo tambien de ayer, y algunas de hoy, otra porción de visitas por tarjeta, ó mejor dicho, por minutas, que ya puedes comprender que son análogas. ¡Visitas personales y visitas por escrito! Sin duda no le dispensan tantos favores á un ministro de la Corona. ¿Si vieras que ganas tengo de que no me honren tanto? Apostaría á que nadie vino, y lo que es peor, ni vendrá á encargar trabajo. (*Páusa*) Elena, apesar del buen humor que aparentemente demuestro, estoy desesperado, loco y próximo á hacer una barbaridad.

Elena.—Bien comprendo nuestra triste situación y no sé que haría,

si no por remediarla por que no puedo, al menos por tranquilizarte.

Ricardo.—¡Que has de hacer pobre Elena, (*abatido*) si no padecer, sufrir y resignarte, como yo me resigno sufro y padezco! Nuestro estado actual parece ha llegado al colmo de la desdicha, y sin embargo presiento mayores males. (*Se sienta y permanece pensativo el resto de la escena.*)

Elena.—Todo lo arrostraremos como buenos cristianos esperanzados en la fé. Gozamos de buena salud. Dios no desampara á nadie; no te apures. Vamos, ¿á que yo debil mujer, tendré que darte valor? No hay que desesperar, si hoy estamos necesitados, tal vez mañana mejoraremos de posición. Tu no eres malo, y el Cielo no permitirá que se agote tu paciencia. La esperanza es el mejor lenitivo para los buenos como tu. (*Desorientemos su pensamiento.*) Si vieras Blanquita que adelantada está en el colegio: dice la rectora que es un modelo de aplicación y obediencia. ¿Y Paquito? Sabes que ya empieza á escribir, y en aritmética, suma á la perfección; voy á traerte la plana del sábado; ya verás como te alegras.... (¡Dios mio, le estoy estimulando al valor, y para mi lo quisiera!) (*Vase puerta derecha.*)

ESCENA III.

RICARDO, sentado al lado de la mesa.

¿Y hay quien piense en la vida? ¿Y hay quien dude que existen ángeles en la tierra? (*Mirando á la puerta por donde se ha marchado Elena.*) ¿Y hay aún corazones de bronce, que no se rompen con este terrible latir? ¡Valor quiere darmel Valor, y como yo, se está muriendo de pena. Mártires como tu, merecen otra vida con mas flores y menos espinas.... Á la virtud se

debe un premio, y tu careces de él. Cada vez que aparece á mi vista, quiero aparentar estar alegre y bromista, pero que mal sé fingir! Yo no sé mas que sentir; yo no veo mas que un porvenir obscuro, lóbrego: yo presiento hambre y miseria para mis hijos; miseria, hambre y luto para esas inocentes criaturas acaso próximas á implorar la caridad pública; yo soy un miserable que no sabe ganar lo indispensable para las precisas necesidades de la vida; yo soy un estúpido que ignora como se roba; yo no hago todo lo que debo; soy un mal padre; soy peor que un niño, que solo sabe llorar. (*Apoya la cabeza sobre las manos y los codos en la mesa*)

ESCENA IV.

RICARDO y CÁRLOS.

Cárlos.—¿Se puede pasar? (*Por la puerta del fondo.*)

Ricardo.—Adelante. (*Se enjuga los ojos y quiere disimular.*) Ah ¿eres tú? Pues podías haber eseusado la pregunta: tu constante urbanidad, te hace olvidar que hace tiempo tienes entrada libre á todas horas en esta tu casa.

Cárlos.—Gracias. Es un hecho que la amistad de la infancia, ni se pierde ni se olvida, aunque hay sus excepciones. ¿Y Elena?

Ricardo.—Bien; bregando con los chicos y los quehaceres domésticos. Hace los honores de señora y los servicios de criada.

Cárlos.—Pues ¿y la sirvienta?

Ricardo.—La criada chico, como artículo de excesivo lujo, he tenido á bien suprimirla, declarandola cesante y sin haber.

Cárlos.—(¡Buena!) Pero hombre, ¿es posible que Elena pueda con todo?

Ricardo.—Si no puede, que haga un poder; yo tambien le ayudo,

por mas que quisiera tubiese mas servidumbre que toda la nobleza de España junta. Ha bajado el presupuesto de ingresos, y hay que hacer economías.

Carlos.—(Que bonita ocasión para desempeñar la comisión que traigo.) De modo que según eso, tu estado monetario, no ha mejorado...

Ricardo.—¡Ah! Carlos. Estoy reventando, y no puedo mas. Cuando entraste....

Carlos.—Estabas con la cabeza apoyada en ambas manos y muy triste, que es la señal evidente de que no se tiene un cuarto.

Ricardo.—Justo, ni por donde venga. Cuando entraste estaba entregado á horribles pensamientos, á buscar solución al terrible problema de mi vida actual y futura. Acaso la casualidad te ha deparado por aquí, por que necesito un consejo; necesito una luz que me ilumine, que me saque de las tinieblas en que estoy envuelto; necesito un guía en mi áspero camino; necesito un corazon noble como el tuyo, para dar espansión al mio....

Carlos.—Tranquilízate si es que puedes, y dí lo que quieras; en la seguridad de que estás hablando en presencia del hermano mas cariñoso.

Ricardo.—Así lo haré. (*Se sientan.*) Ya sabes que la fortuna de haber nacido en casas inmediatas, hizo que nuestra niñez la pasáramos juntos, y juntos creciéramos, ya en la escuela donde nos enseñaron las primeras letras, ya en tu casa ó en la mia, con nuestros infantiles juegos y entretenimientos, y mas tarde con las travesuras propias de la edad. Despues estudiamos filosofía en el colegio de San Rafael, y eramos compañeros de clase y hasta de cuarto. Cuando cursábamos el cuarto año, mi buen padre, por disposición divina pasó á mejor vida, dejandome en

la horfandad, y á una esposa, mi bendita madre, sumida en el llanto y desventura. Efecto de tan terrible golpe, mi delicada madre enfermó de modo, que necesitaba de mi continúa asistencia y cuidado. El deber me decia, que como único y buen hijo, no debia separarme de su lado, y sí estar al frente del modesto patrimonio que nos habia quedado.

Carlos.—Recuerdo perfectamente estos acontecimientos, por que ya aquel año fui solo al colegio, y otros eran mis compañeros de cuarto.

Ricardo.—Sí; tu seguiste y concluiste tu carrera de abogado, mientras que yo no pude terminar la filosofía. No tardó mi infeliz madre en ir á dar compañía á su marido, pues á los diez meses dejó tambien este mundo. Aun resuenan en mis oidos las terribles palabras de despedida. Sus trémulas manos asieron con violencia las mias, y fijando en mi rostro sus hermosos ojos, que expresaban la espantosa agonía por que pasaba en aquellos instantes supremos, me dijo: «tu madre vá á dejar de existir, solo quedas en el mundo; eres hijo de un padre honrado, procura serlo tambien.» Tranquila con este postrer consejo, separó sus manos de las mias, y sin articular mas palabra me entregó el escapulario que tenía al cuello, el que desde entonces llevo sobre mi pecho en señal de ciega obediencia, y perpétuo recuerdo....

Carlos.—Pero dime Ricardo; ¿á que traer á la memoria pasados que tanto te aflijen? ¿Acaso ha dudado alguien de tu honradéz?

Ricardo.—No, y sí. Mi cariñosa y virtuosa madre dejó de existir en aquellos momentos, y yo quedé solo efectivamente en el mundo, en la creencia de que poseía bienes, aunque pocos, para poder vivir modestamente. Cuando esto ocurría, ya estaba

en relaciones con Elena, hija única también del honrado comerciante don Pedro Hinojosa, y no se hizo esperar mucho, comprendiendo mutuamente la igualdad de nuestros genios, la unión por medio del indisoluble lazo. Yo sin duda estaba destinado á seguir padeciendo, pues mi luna de miel, fué una atropellada série de disgustos, pérdidas y azares. Á los pocos meses de casado, ocurrió el incendio en el establecimiento de mi padre político; consiguiente á la pérdida sobrevino la quiebra, y efecto de esta, la muerte del buen señor, por donde comprenderás que Elena quedó sin padre y...sin una peseta.

Carlos.—Yo intervine algo en aquél negocio por razón de mi profesión, y me convenci, y se convencieron todos los acreedores de que el siniestro fué una desgracia puramente casual, quedando la honra y el buen nombre mercantil de don Pedro, á la altura que siempre estuvieron.

Ricardo.—Todavía mi adversa fortuna no se dió por satisfecha. Lo que yo consideré, por que lo era realmente, herencia de mis padres, también se dispó como el humo, con gran rapidéz. Mi padre había constituido una hipoteca sobre las fincas que poseía para garantir cierto crédito contraído por su hermano don Luís para no sé que empresas, y hace un año me despojaron de ellas. Y aquí me tienes, que vendidos poco á poco los muebles que pudimos reservar, hoy carezco de toda clase de recursos.

Por afición y recreo aprendí algo de pintura en mi juventud, y esto que yo creí como un adorno, me sirve hoy para proporcionar alguno, no todo el preciso alimento á mi familia. Díme tú ahora, si no me sobran motivos para estar desesperado.

Carlos.—En verdad que poco tienes que agradecer á la fortuna; y sin embargo, si no hay disgustos conyugales, todo puede sobre-

llevarse, con la esperanza de que mejores tiempos vendrán. La esperanza es lo último que debemos perder.

Ricardo.—Respecto á Elena no es mujer, es un ángel consuelo en parte de todas mis penas, modelo de virtud, y por todos conceptos digna de mejor suerte; conoce nuestra situación y no es exigente. Y en cuanto á esperanza, he sufrido y sufro tanto... tanto, que casi la tengo pérdida.

Carlos.—Pues ya que he prestado atención á tu historia, que dicho sea con perdon, maldita la gracia que me ha hecho, y ojalá estuviera en mi mano remediarla, espero que, en justa reciprocidad tengas valor para oirme, por que te traigo, y á fé que lo siento, dos malas noticias, y una agradable en cambio.

Ricardo.—No temas darme malas nuevas, por que lo que me causará extrañeza es la agradable, si es así. Oigo.

Carlos.—¿Como están de adelantadas las pinturas para el coronel Reyes?

Ricardo.—Ya las ves, (*señalandole los cuadros*) tocan á su término, por que como quiera que por mas que busco trabajo no hay quien me ocupe, acaso por lo pésimo que és, cuando la casualidad gracias á tí me depara alguno, aseguída lo pongo por obra.

Carlos.—Pues ahí tienes la primera mala noticia. Como yo fuy con efecto, el que por encargo del Sr. Reyes te mandé hacer los cuadros, este me ha visto y me ha dicho, que ha sido destinado con su Regimiento á Cuba á donde marcha mañana, recomendándome que aquellos no se hagan.

Ricardo.—¡Bueno! Gracias á Dios que tengo comprado, ó mejor dicho, sacado al fiado del Bazar inglés todo lo necesario; sigue.

Carlos.—La segunda noticia te afectará mas, pero no desesperes que Dios vela por todos.

Ricardo.—Venga hombre; venga pronto, y no me atormentes con preámbulos.

Carlos.—El dueño de esta casa ha estado en la mia sabiendo la amistad que contigo me une, y me ha dicho para que yo lo haga á tí, evitandose así el mal rato que pasaría si personalmente te hablara, que para fin de més, esto es, muy en breve, necesita su casa para....

Ricardo.—Un inquilino que pague.

Carlos.—Tu lo has dicho.

Ricardo.—¡Sea usted honrado! Busque usted con....

Carlos.—Eso es; yo le hablé de tu honradéz, de tus buenos descos de satisfacer las mensualidades que adeudas; ¿y sabes lo que contestó? Que con honradéz y buenos deseos, ni se hece i reparos á los edificios, ni se pagan los impuestos.

Ricardo.—Es verdad, y le sobra la razón al buen señor. ¿Quieres que tenga todavía mas paciencia? ¿Quieres que vea morir de hambre á mis hijos, desnudos y descalzos? ¿Quieres que me resigne á vivir cual los reptiles, con los seres por quien debo velar, en el hueco de un peñasco? ¡Dios mio, mándame un rayo de luz que yo vea donde hay trabajo, ó mándame la muerte que me prive de ver lo que presiento! (*Queda pensativo.*)

Carlos.—Pero oye, ¿te vas á acoquinar ahora que corresponde en turno la noticia buena? ¿Era ese el valor de que blasonabas?

Ricardo.—(*Reflexiona sin oir á Carlos.*) (Mi madre me encargó al morir que fuese honrado. ¿Será de hombre honrado el suicidio?)

Carlos.—¿No me oyes?

Ricardo.—(¿Será de hombre honrado... robar tan solo para las primeras neccesidades de la vida?)

Carlos.—Pero Ricardo, ¿te has quedado sordo, ó es que reusas mi

conversación?

Ricardo.—(*Volviendo en sí*) Ah, sí, dispensa; es verdad. Me queda otra noticia que recibir, la Extremaunción!

Carlos.—No, la buena; la presentación del arco iris en señal de bonanza. (¡Infeliz lo que sufre!) Figúrate, que por que así le place á la soberana voluntad del propietario de esta casa, tienes que marcharte con tu familia de ella; y figúrate tambien, que por que así lo he tenido á bien, te he buscado otra de mejores ó peores condiciones, pero tan barata de alquiler, que nada te cuesta por el indefinido tiempo que quieras ocuparla.

Ricardo.—Sí, por tramposo, la cárcel modelo.

Carlos.—No, eso no fuera buscado por mí.

Ricardo.—Pues explícate mas claro, por que no te comprendo.

Carlos.—Ya lo hubieras comprendido si no me interrumpieras. Síguete figurando, por que así es la realidad, que la casa que te ofrezco es la mia, y mi mesa aunque modesta; soy propietario de aquella, es grande y cabemos perfectamente las dos familias: y figúrate ultimamente, que si por algún escrúpulo de etiqueta no admitieras, yo en uso de mi soberanía, (*con gravedad cariñosa*) te haría aceptar.

Ricardo.—No sé si debo...

Carlos.—Eso es: por que debes y... no puedes pagar, es por lo que no tienes que oponer reparos. Yo cuando hago un ofrecimiento es de verdad, para que se admita; bien entendido, que tiene tambien sus condiciones como todo contrato bilateral.

Ricardo.—¿Condiciones? sepamos.

Carlos.—Que no doy derecho á que me des las gracias, ni demuestres gratitud: y me impongo la obligación como caballero y carga de caracter vitalicio, de no recordarte nunca este pequeño

obséquio. Lo hago por que quiero, y por que lo creo muy del caso.

Ricardo.—¡Cuan bueno eres! (*Con alegría.*) Voy corriendo á manifestartelo á Elena. Espera un momento y participarás de la alegría que la noticia le va á causar; verás como se goza cuando se hace un bien, y cuando este bien se sabe agradecer, mucho mas.

Carlos.—Cuidado con la observancia de las condiciones.

Ricardo.—Si, si; voy.... vuelvo: ¡Dios mio, cuan grande es tu bondad! (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

CARLOS. (*Se queda de pie al marcharse Ricardo.*)

¡Que meritorio es hacer espontaneamente un bien, por el solo placer de hacerlo! ¡Que satisfecho y que tranquilo queda un hombre en las circunstancias que yo me encuentro en estos momentos! Quisiera ser un capitalista para decir á Ricardo: «tu ocupación es no ocuparte en nada,» por que se lo merece. ¡Es tan bueno, tan honrado y tan desgraciado! Estoy seguro que si no tuviera familia, no se ocuparía de él ni del mañana: es esclavo de su deber, amante esposo, cariñoso padre y leal amigo. (*Mirando á la puerta de la derecha.*) Pero aquí llega; ¡que alegre está el pobrecillo! ¡Que mas gloria en la tierra, ni que mas premio á un acto generoso, que presenciar estas escenas!

ESCENA VI.

ELENA, RICARDO Y CARLOS.

Elena.—Beso á V. la mano... (*saliendo con Ricardo puerta derecha.*)

Carlos.—Estoy á los pies de V. (*Descubriéndose.*)

Elena.—Ricardo me acaba de referir un rasgo de generosidad, que

á la verdad, no sé hasta que punto debieramos aceptar, y una vez aceptado, no sé tampoco como demostrar mi eterno agradecimiento...

Cárlos.—Dispense V. si le interrumpo. ¿Has dicho á tu señora la condición esencial de nuestro contrato?

Ricardo.—No, si no he tenido tiempo; estoy trastornado de alegría.

Mira Elena, Cárlos impone como condición...

Cárlos.—Sinecuanom.

Ricardo.—Que no le manifestemos nuestro agradecimiento.

Cárlos.—Eso és; y como condición intrínseca, hay que observarla.

Elena.—Pero don Cárlos, eso es atróz: imponernos la obligación de no significarle nuestro agradecimiento, nuestra gratitud; privarnos de besar la mano de tan desinteresado bienhechor, es inadmisibile.

Ricardo.—Dice bien Elena...

Cárlos.—Bueno, pues lo dicho; tengo que hacer, y con permiso de ustedes me retiro. Ya volveré, y no hay señor don Ricardo que entregarse al dolor ni á la desesperación. El hombre se diferencia de la mujer, en que tiene un corazón mas grande, y en que debe llevar con resignación la cruz mas ó menos pesada, que le está reservada en el calvario de la vida. Elena, á los pies de usted. Adios chico; ánimo, valor y... esperanza. (*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA VII.

ELENA Y RICARDO.

Elena.—No sé si habremos estado demasiado ligeros en aceptar la oferta de don Cárlos, que tan precisa nos és, como desinteresada parece. No sé tampoco, si le ofenderé con pensar, si ese desinterés llevará algún fin siniestro. No sé...

Ricardo.—Tú no sabes nada, y yo sé menos. Solo comprendo que nuestros cerebros, efecto de tan continuos golpes, no están para filosofar.

Elena.—Ciertamente. Será muy dudoso, si no imposible, exista una familia mas desgraciada que nosotros. Mientras tú te ocupas un poco en los cuadros, voy á preparar algo (si lo hay) para el desayuno de Blanquita y Paquito, que no tardarán en venir de sus respectivas clases; y por cierto que aquella te tiene preparada una sorpresa. ¿No sabes que día es hoy?

Ricardo.—Que sé yo; un día tan aciago como los demás.

Elena.—Estamos á tres de Abril; por otro nombre San Ricardo, día de tu santo: con que hasta luego. (*Vase puerta de la derecha.*)

Ricardo.—Adios.

ESCENA VIII.

RICARDO. (*Reflexivo y triste.*)

Vamos á cuentas conmigo mismo, pues ya no tengo por hoy en que ocuparme. Ha caido por su base la única ilusión que a-
brigaba con los cuadros del señor Reyes, haciendome de algún numerario para poder alimentarme con mi familia algunos días.

Tengo muchas deudas contraidas por la necesidad, y no veo medio de pagarlas. En derredor mio solo veo miseria que aumenta cada día, por que cada día hay menos objetos sobre que tender la vista; ¡ya no hay muebles que vender! El casero me arroja de esta habitación, y merced á Cárlos, no tendremos que ir á vivir á la intemperie en alguna cueba, guarecidos por algún escarpado cerro. Las ropas de todos están pidiendo á grandes voces relevo, y nadie se acuerda de mi individuo. No tengo que acusarme de haber obrado mal en sociedad, ni de haber malgastado el dinero, y la vida ha llegado á hacerse una

carga muy pesada. (*Páusa y sintiendo celos.*)

La protección de Carlos, el empeño de llevarnos á su casa, ese desinterés... ¡Dios mio...! No puede ser. (*Páusa.*) Elena es joven aún, todavía hermosa... ¡Cielos, fantasmas... retiraos de mi cerebro! ¿Pero por que ese interés? ¿Sería yo capaz de hacerle á él traición? No. Pues entonces, ¿á que pensar mal del amigo? ¿Por que le ofendo con el pensamiento...?

Se me ocurre un problema, y voy á ver si lo resuelvo. (*Pensativo y creciendo paulatinamente la agitación hasta llegar á la desesperación.*) El robo, ó el suicidio: estos son los dos caminos, que á mí y á cualquier mortal que esté en las mias ó parecidas circunstancias deben presentarse, para seguir el que le parezca mas grato. Meditemos con calma. (*Páusa.*) El robo es un crimen que á la sociedad repugna, y el código castiga con severidad; lleva tras de sí la vergüenza y la ignominia, no solo para el autor, si que tambien para la familia... Se necesita para ello valor, y ese... ese no ha de faltarme, por que cuando un hijo pide pan, y su padre no puede dárselo, es tan valiente, que lucharía para alcanzarlo contra centuplicadas fuerzas. Si el autor del robo no se descubre hoy, se averigua mañana, y entonces á más del condigno castigo que se impone al vil ladrón, salta á la cara de todos los miembros de su familia una mancha imperecedera, continua, degradante..... ¡No, no Dios mio, Tú no podrás permitirlo, yo no quiero que mis hijos sean hijos de un ladrón....!

Tampoco podré resistir verlos implorar la caridad pública. No tienen edad para trabajar, y yo miserable de mí, por mas que me afano y busco, no hay quien me ocupe; quien alquile mi persona, mis manos ó mi inteligencia! (*Páusa.*)

¿Cual es la fiera que se resigna á ver morir á sus hijos de hambre? En este caso el suicidio, y despues de muerto, ni se vé ni se siente. Eso és; perfectamente: ya encontré la solución de mi terrible problema... He leído y no sé donde, que el que se dá la muerte es un cobarde: yo lo niego; es para lo que se necesita mas valor. (*Páusa.*) ¿Y voy á arrepentirme? No. (*Saca una pistola del armario, y mira á la puerta de la derecha.*) ¡Elena, por el amor que te tengo y el que me profesas, inmenso cual ningún otro, no maldigas mi cadaver! ¡Hijos de mi corazón, hacer por ignorar siempre el trágico y funesto fin del que os dió el ser, y que en estos momentos os bendice...! (*De rodillas y amartillando la pistola.*) Y Tú Divino Dios, que desde tu escelso Trono, vés la agonía y desesperación de mi cuerpo, luchando entre irresistibles conflictos, acoge mi alma con destino al lugar de los arrepentidos de corazón.... (*Cortando la última palabra de Ricardo, suenan las voces de Blanca, en cuyo instante aquél oculta la pistola y se levanta, procurando dominar su agitación.*)

ESCENA IX.

RICARDO Y BLANCA.

Blanca.—(*Dentro.*) Papá, papá....

Ricardo.—¡Justo Dios, creo en tu Omnipotencia...!

Blanca.—(*Dentro.*) Quiero ver á mi papá.

Ricardo.—¿Que iba á hacer? (*Mirando arriba.*) ¿Y hay quien dude de tu Divinidad?

Blanca.—(*Sale por la puerta del fondo con vestido de percal, llevando en la mano un pañuelo blanco con iniciales bordadas.*) Si molesto, me voy.

Ricardo.—¿Molestar tú, angel mio? ¿No sabes que las niñas buenas y obedientes como tú, no estorban nunca á su padre?

Blanca.—¿Y si vengo á reñirte?

Ricardo.—¿Á reñirme, y por qué?

Blanca.—(*Con infantil severidad.*) Por que usted se lo merece. Usted señor don Ricardo, el año pasado tal día como hoy, me llevó á la tienda, me compró una muñeca para jugar, y un vestido para lucir con mis amigas.

Ricardo.—(¡Hija del alma!)

Blanca.—Pero este año, no se ha dignado V. acordarse de su Blanca, ni de juguetes, ni de vestidos.

Ricardo.—(¡Esto es horrible! ¿Por que vivo aún?)

Blanca.—Yo en cámbio, le traigo á usted para recuerdo, este regalo bordado por estas manitas, previo un beso y un abrazo. (*Le dá el pañuelo que debe estar doblado: en esta escena Ricardo sentado, y Blanca sobre él.*)

Ricardo.—(Me avergüenzo de mí mismo.) Es muy bonito, y mas aún, por ser obra de un ángel como tú. Siempre estará conmigo, como recuerdo el mas precioso y apreciable. ¿Y Paquito, como no ha venido contigo?

Blanca.—Por que está en el estudio, no tardará; voy á esperarlo, y luego nos llevarás á donde el año pasado; ¿verdad que sí?

Ricardo.—(*Con marcada pena*) ¡Sí, iremos!

Blanca.—Felicidad por muchos años.

Ricardo.—¡Adios hija mia! (*Blanca se vá por la puerta de la derecha, despues de besarla Ricardo.*)

ESCENA X.

RICARDO.

Si tarda un momento mas en irse hubiera visto á su padre llorar, de rodillas, y á sus pies pidiendole perdón. ¿Que ibas á hacer pobre loco? Ni me doy cuenta exacta de lo que esa inocente criatura me ha dicho... Su presencia me tenía avergon-

zudo, y me parecía que leía en mi semblante mi fatal propósito. ¡Vengan aquí los ignorantes incrédulos que niegan la existencia de Dios! ¿Quien si no Él, deparó á mi Blanca en el instante preciso para evitar mi muerte? *(Páusa.)* Necesito vivir y necesito dinero. Esta es una revelación providencial; si, una lección... lección sublime. De esta manera pagaré la solicitud, el cariño y la abnegación de mi Elena. *(Mirando el pañuelo.)*

Este recuerdo; este trabajo, superior á la edad y á la inteligencia de mi Blanca, merece una recompensa, superior tambien al simple deber de padre. Mi Paquito con menos discernimiento aún, ¿que delito ha cometido para verse en su temprana infancia, sometido á las adversidades de la fortuna? Y por último, mi Juan que apenas balbucea las sílabas mas sencillas, se hace entender llamándome y acariciándome por instinto natural, ¿por qué ha de ser desgraciado teniendo padre? ¡No hijos míos; no seres queridos! Yo velaré por todos. *(Páusa y se fija en el recado de escribir.)* Papel, pluma y tintero. ¡Mensageros augustos que hacen fácil cuanto se quiere! Esta es la primera piedra de mi obra en proyecto. *(Escribe y á la vez rá leyendo.)*

«Elena mia: No receles que te olvide con mi ausencia; tú y nuestros hijos, sois dignos de mejor suerte. Voy por la fortuna que os hace falta. Todos ignoraréis mi paradero hasta que conseguido mi deseo, torne á vuestro lado acreedor á vuestro cariño. El valor me falta para despedirme personalmente de todos vosotros, y esta es la causa de acudir á este medio, tu Ricardo»

(Doblada la carta en cuyo sobre escribe las palabras «á Elena» la coloca en la mesa, coge del armario papeles, toma el sombrero y el bastón, marchandose á su tiempo por la puerta del fondo.)

Estó és, ahora coloco esta epístola en sitio visible, y Dios

que á nadie olvida, hará lo demás. ¡Corazón mio, valor! Creo que las fuerzas me faltarán para ausentarme, si desperdicio momentos. ¡Pedazos de mi corazón, tal vez no os volveré á ver! ¡Ni el consuelo de dar un beso á mis hijos! Tengo dividida el alma. ¡Elena, tu perdón! ¡Hijos míos, vuestro cariño! ¡Dios Omnipotente, ilumina á este desgraciado loco!!! (*Vasc.*)

ESCENA XI.

ELENA, despues BLANCA.

Elena.—(*Sale por la puerta de la derecha con servilleta y taza en plato.*)

Ricardo, á reparar las fuerzas con algún alimento... Calla, no está aquí, (*reparando*) ni el sombrero, ni el bastón: salir sin despedirse no lo acostumbra. (*Fijandose en la carta.*) ¡Un papel! (*Levendo.*) «A Elena» y es su letra... No sé por que tiemblo; presiento una desgracia mayor que todas las anteriores. (*Despues de leer.*) ¡Jesús!!! (*Preparado el telón.*) ¡Infeliz, en su desesperación huye de todos, nos abandona y nos deja en la miseria.....! (*Se apoya en la silla*) ¡Aún faltaba apurar hasta las eces el cáliz de la amargura! ¡Ingrato...! (*Casi desvanecida se deja caer en la silla.*)

Blanca.—(*Sale corriendo por la puerta de la derecha.*) Mamá, mamá...

Elena.—(*Abrazandola con efusion.*) ¡Hija del alma, tan niña y sin padre hoy! ¡Llora... llora en los brazos de tu madre...! (*Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO

Habitación interior de un palacio con todo el lujo posible; época de actualidad. Puerta á la derecha del actor que comunica con las habitaciones de la condesa de San Marcial; otra á la izquierda que dá á las del marido, y otra al fondo que dá salida á la calle; caja con cigarros sobre una mesa, dos butacas y sillas. Es de día.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO. (*Aparece sentado y viste lujosa bata.*)

¡Sociedad! Esta es la palabra mas bonita que los hombres han aprendido en el diccionario, sin tener en cuenta que el mundo es un perpétuo carnaval, y que las máscaras que somos todos los seres humanos, nos disfrazamos á nuestro antojo con esta ó aquella mira, con este ó aquél propósito. Por lo que á mí se relaciona, juzgo á todos los demás. Yo en la miseria en un tiempo no lejano, estoy hoy disfrazado de conde de San Marcial, y con este ridículo antifáz, en contacto íntimo con toda la nobleza de Roma, deslumbrando con mis prestadas riquezas, y alagado por todas las clases de lo que al mundo ha dado por llamar sociedad. Entre tanto mi Elena y mis hijos, si bien lo pasan regular en cuanto á intereses, están privados de mi compañía, y yo hecho un miserable imposibilitado de verlos, y lo que es más, inutilizado por hoy para llamarlos familia: esto és; que á falta de una sentencia justa, voluntariamente soy el tribunal que por ambición, me he condenado á perpétua inter-

dicción civil....

ESCENA II.

RICARDO Y CONDESA.

Ricardo.—Condesa, (*levantandose al verla salir por la puerta de la derecha*) ¿como tan de mañana por estos salones?

Condesa.—No te extrañe mi buen Ricardo, por que es mi costumbre antigua madrugar en días como hoy. La experiencia hace no fiarme de mi servidumbre en casos análogos.

Ricardo.—Pues que, ¿no sabe cada uno cual es su puesto, y el cumplimiento de su obligación?

Condesa.—Por eso, por que aunque lo sepan, suelen tener descuidos que con mi vista puedo advertirles. ¿Querrás creer, que en el último baile que di por mi cumple años, mi señor camarero mayor hizo poner una alfombra, servida en un día de recepción, y un estrado comprado hacía dos años?

Ricardo.—Si, suelen tener esos descuidos, hijos tal vez de la mejor buena fé: á veces por no hacer gastos de consideración...

Condesa.—Ponen á su señora en ridículo, y dan lugar á comentarios y hablillas de que no tengo necesidad. Ya he dado mis instrucciones, y el baile de esta noche quiero que sea á mi gusto, ya que és el primero que tu vas á presidir: la sociedad es muy exigente, y las que se llaman mis amigas no desperdician ocasión para censurar, y hasta para criticar mis actos, mis caprichos, mi voluntad en fin. Es verdad que estamos á la recíproca; en cuanto alguna piensa descuidarse en lo mas mínimo, ya me tiene, como quien dice, encima. La buena sociedad tiene tambien sus inconvenientes; las riquezas á veces estorban.

En algunas ocasiones me he hecho la siguiente reflexión: si yo fuese menos rica, sería mas independiente: no tendría que

rendir culto á la moda; viviría en una modesta casita y haría lo que tuviese á bien, sin ocuparme de los viernes de la duquesa tal, de los lunes de la baronesa cual, de los días destinados por mí á recibir, y de tanta y tanta ridiculéz como cometemos para no parecer ridículas.

Ricardo.—Todo tiene su pró y su contra en la vida real, y todo se vé del color del cristal con que se mira.

Condesa.—Deducción: que ninguno está contento con su presente. Pues yo hoy lo estoy, por que abrigo la esperanza de ser á tu lado muy feliz. Viajaremos mucho, iremos á España, visitaremos el país que te vió nacer, tu antigua morada...

Ricardo.—(No lo permita Dios.) Iremos donde tú quieras, y solo se hará tu voluntad.

Condesa.—Pero Ricardo, el tiempo se nos pasa charlando embelesados con nuestro risueño porvenir, y hoy tenemos mucho que hacer. ¿Del convite que hay?

Ricardo.—Ya dije al Secretario que lo hiciera según la costumbre; la lista que yo ví era numerosísima. Y á propósito, ¿sabes que tal vez un antiguo amigo mio, tendrá la honra de visitarte hoy?

Condesa.—La honra será mia puesto que és tu amigo: para colmo de mi felicidad, quisiera tener aquí esta noche á todos tus hermanos, parientes, en fin á toda tu familia.

Ricardo.—(Dios mio, ¿merezco perdon por haber engañado á esta muger?) Mi familia, todos como yo de condición humilde, desearían también conocerte por admirar tus bellas cualidades naturales y adquiridas; pero ya vés, España está tan lejos...

Condesa.—Eso no importa; hoy no hay distancias. Además, mis gabetas que son tuyas mas que mías desde nuestra unión, bien pueden sufragar los gastos del viaje. De todos modos, si ellos

no vienen yo iré á conocerlos, por que he pensado como te he dicho, que en la primavera actual me lleves á España ¡He oido celebrar tanto á Andalucía!

Ricardo.—(Dios quiera que desista de su proyecto.) Respecto á eso te diré: yo no quiero coartar en lo mas mínimo tus deseos y estoy dispuesto á cumplir cual si fueran reales órdenes, tus meras indicaciones; pero cumple á mi deber advertirte, ó mejor dicho, mi cariño te advierte, que aquél clima no es este; yo hablo por experiencia: España, y sobre todo el Sur, no es Italia.

Condesa.—Convenido; de eso ya hablaremos despacio. La luna de miel no la hemos de pasar aquí; es necesario viajar, por que lo contrario es de muy mal tono. ¿Que diría la nobleza romana?

Ricardo.—Ya te he dicho y repito que ahora y siempre, estoy y estaré incondicionalmente á tus órdenes.

Condesa.—Así te quiero. Ahora con tu permiso voy á dar una vueltecita por los salones. ¿Sales hoy?

Ricardo.—No, por que espero al amigo de que te hablé: debe llegar de un momento á otro. Voy á vestirme y despues á llamar al administrador, para que tenga al corriente la nómina del personal y servidumbre: quiero que hoy sea día completo de felicidad para todos.

Condesa.—Adios pues.

Ricardo.—Hasta luego. (*Besa la mano de la condesa y la acompaña hasta la puerta del fondo por donde se marcha*.)

ESCENA III.

RICARDO.

La felicidad es una idea abstracta, compuesta de algunas sensaciones de placer. (*Consulta el reloj.*) Las diez, y Carlos sin parecer. (*Inquieto.*) Todo el que teme como á mí me ocurre, está

impaciente. La lucha que he emprendido, me vá pareciendo mucho mas difícil de lo que yo creía. El presentimiento de que Carlos no pueda ó no quiera cumplir fielmente el encargo que le hice en mi carta, esto es, que no hable con nadie hasta llegar á esta habitación, me tiene inquieto. Vamos á vestirnos, y continuemos el carnaval. (*Vase puerta izquierda.*)

ESCENA IV.

CÁRLOS Y CRIADO.

Criado.—(*Puerta del fondo*) Puede usted servirse pasar, y esperar breves momentos. El señor conde saldrá al instante.

Carlos.—(*En traje de viaje.*) ¿Dice usted que este és su gabinete de recibo?

Criado.—Si señor, y me encargó su excelencia, que personalmente guiara á usted á él. (*Saluda y se marcha por la puerta izquierda.*)

ESCENA V.

CÁRLOS.

Pues señor, ya estoy en la ciudad de Roma, capital del Reino de Italia: ya estoy en la ciudad de las siete colinas, y á lo que parece en el palacio de la condesa de San Marcial. (*Se sienta y saca del bolsillo una carta.*) Vamos ínterin sale el señor conde, á leer por la vigésima-quinta vez esta carta, que pudieramos llamar «la carta misteriosa.» En primer término un membrete en litografía que dice; «administración central de la casa y estados de la excelentísima señora condesa de San Marcial, Roma; Plaza de San Juan de Letrán.» La fecha.

(*Leyendo.*) Querido Carlos: En el momento que recibas esta, te ruego por lo que mas quieras en el mundo, te pongas en camino para esta ciudad.

(*Recitado.*) Eso es, como si se tratara de un viaje de quince kilómetros.

(*Leyendo.*) Debes llegar á lo mas tardar, á las seis de la mañana del tres de Abril próximo, y así me felicitarás por ser el día de mi Santo. Desde la estación te diriges sin perder tiempo al palacio de la señora condesa. En la portería preguntas por el señor conde, y dando tu nombre, un criado te guiará al gabinete donde recibe dicho señor, y si no estuviese en él, te sientas que no se hará esperar.

(*Recitado.*) Justo, ya estoy esperando.

(*Leyendo.*) Te encargo especial reserva para con todos, incluso para con Elena, y confío en tu caballerosidad y nunca desmentida amistad. Esta carta no debe separarse de tí, ni la debe ver nadie. Adjunto es un cheque de dos mil pesetas, para que ya que el viaje te sea molesto, no te sea gravoso. Tuyo, Ricardo,»

(*Dobla y guarda la carta.*) Perfectamente: y está clara esta epístola; pero tiene un claro-oscuro, que yo no adivino. Solo saco en consecuencia, que Ricardo es administrador ó por lo menos empleado en esta casa, y que ha tenido la chifladura de hacerme venir para felicitarlo en su día. No, esto debe ser algo más.

ESCENA VI.

RICARDO, CARLOS y despues CRIADO.

Ricardo.—(*Por la puerta izquierda, vestido con traje de calle.*) Á los hombres puntuales, no debe dárselos mucha antesala.

Carlos.—¡Ricardo!

Ricardo.—Un abrazo.

Carlos.—Sí, que bien lo merce la travesía del Mediterraneo.

Ricardo.—¿Y mi Elena como queda, y mis hijos? (*Se sientan.*)

Carlos.—Todos bien, sintiendo tu ausencia; deseando por momentos saber tu paradero, abrazarte, cortarte las alas y encerrarte en una jaulita para que no te vuelvas á escapar. Pero dime, ¿por que no escribes á tu esposa, y ya que la has abandonado y á tus hijos, por lo menos evitarías la incertidumbre de que se encuentran poseídos?

Ricardo.—(*Llama con el timbre*) Ahora te lo explicaré todo, pues voy á hacerte confesión general.

Criado.—(*Desde la puerta del fondo*) ¿Señor?

Ricardo.—Que no estoy ni recibo á nadie.

Criado.—Bien, señor. (*Vase, inclinación respetuosa.*)

Carlos.—Pero chico, ¿tú mandas aquí de general en jefe? Según tu carta, ¿no espero al señor conde?

Ricardo.—Sí, ya lo has esperado; por que hazte cuenta, que el conde y yo, somos una misma persona.

Carlos.—Vamos ya comprendo; eres administrador, y tus poderes son extensivos á...

Ricardo.—No es eso hombre: yo soy el legítimo esposo de la condesa de San Marcial.

Carlos.—¡¡¡Ave María Purísima!!! (*Vá á levantarse p Ricardo lo detiene*)

Ricardo.—Cálmate y oye; fuma y calla. (*Le dá un cigarro puro.*)

Carlos.—(*Con mofa.*) ¡Que imperativamente mandan los condes! Su excelencia puede decir cuanto quiera. ¡Buen tabaco!

Ricardo.—Hoy precisamente hace cinco años, por que debes tener presente que es día de San Ricardo, que traspasado el corazón por la fuerza del dolor, abandoné mi familia en un rapto de locura á impulsos de la necesidad, del hambre. En busca de una fortuna digna de aquellos queridos seres, y haciendo de muchos

oficios que jamás creí tener que desempeñar, entré por las puertas de Roma á los ocho meses de mi partida, exculido, casi encueros, y con un capital de diez reales, resto de todo lo que había ganado de mozo en un café de Barcelona.

Carlos.—¡De mozo de café á conde! No es flojo el ascenso.

Ricardo.—Te advierto, que la travesía la hice en un buque mercante, gratis, y con el empleo de ayudante de cocinero.

Carlos.—¡Bravo! ¿Y lo sabe la condesa?

Ricardo.—No me interrumpas, y escucha. Considerandome ya libre de que persona alguna pudiera conocerme, establecí mi taller de pintara en una de las principales calles de esta ciudad, ó sea próximo á la plaza de San Juan de Letrán, cerca del Museo, y aquí fué donde la Providencia empezó á cambiar de rumbo para conmigo, pues en poco tiempo llegué á tener fama de buen escenógrafo. Desde entonces, y con el nombre de uno de mis aprendices, giraba todos los meses mis ahorros íntegros á favor de Elena.

Carlos.—(Ya vá pareciendo el llo.) Tu esposa, la que no es condesa, me decía; me manda dinero Juan....

Ricardo.—Rossini.

Carlos.—Eso és Rossini; pero no me cabe duda que es mi marido, que no quiere dar su nombre, y sus razones tendrá para ello.

Elena siempre escribía acusando recibo de la cantidad á Juan Rossini, y alguna que otra vez, ó casi todas, hizo preguntas si bien con cautela, pero nunca recibía contestación. Bajo un sobre periodicamente continuaban las letras de giro, cada vez por mayor suma cargo de una casa banca de Madrid, que las pagaba en el acto de la presentación.

Ricardo.—Por entonces, á la señora condesa de San Marcial, se le

ocurrió el pensamiento de pintar algunas de las habitaciones del palacio en que nos encontramos, y restaurar otras. Al administrador le pareció bien valerse de mí, acaso por rareza de la fortuna ó por vivir enfrente, y yo solo me ocupaba ya de dirigir los oficiales. Durante esta faena que duró mas de un año, murió el administrador, y por simpatías de la señora, lo reemplacé abandonando los pinceles. Al poco tiempo....

Carlos.—Por simpatías, la señora condesa se hizo tu esposa y....

Ricardo.—¿Me dejarás acabar? Al poco tiempo, sin abandonar el pensamiento de hacer una inmensa fortuna para Elena y mis hijos, empecé á gestionar el ascenso, y como mi empleo inmediato era el de conde, lo conseguí hace tres meses, uniendome á la bella y virtuosa D.^a Rosa de Amorós, condesa de San Marcial, soltera y con un capital propio de catorce millones de libras.

Carlos.—Así se comprende que gastes brevas de esta clase, (*aludiendo al cigarro que fuma*) y que mandes á Elena mucho dinero. Pero vamos á cuentas: puesto que me refieres tu historia, digna por cierto de que la conociera y escribiera «*Ponson du Terrail*,» que me has llamado y yo he venido para algo, se me ocurren ciertas dudas que quisiera me aclararas.

Ricardo.—Pregunta pues.

Carlos.—¿El Juan Rossini tu apredíz, existe ó es un nombre imaginario?

Ricardo.—Existe, por que precaviendo que Elena podía escribir al que figuraba remitía el dinero, tenía precisamente que ser el verdadero nombre de un individuo á quien se pudiesen entregar las cartas.

Carlos.—Luego ese Rossini debe estar enterado de que le escribía

una mujer, y del secreto que aquí ocultas.

Ricardo.—Parece mentira que seas abogado. ¿No se te ha ocurrido la idea de que Rossini puede no saber leer, y además por via de precaución tenerle advertido, que si recibía alguna carta á su nombre era para su maestro, incautandose este de ella?

Cárlos.—Si, no está mal; pero ¿y si Rossini ha tomado alguna de las cartas sin que tú lo sepas, y guardada ó sin guardar puede comprometerte mañana?

Ricardo.—No lo espero: además, es hoy uno de mis criados de mas confianza,

Cárlos.—Peor que peor; yo lo echaría hasta de Italia. Segunda duda: tu nombre en Roma ¿cual és?

Ricardo.—El mismo que en España.

Cárlos.—Entonces, ¿de que documentos te has valido para este enlace?

Ricardo.—Otra sandéz. De un certificado en toda regla de mi partida de Bautismo, que ni aun siquiera tuve que pedir. Cuando la testamentaria de mi buen padre era yo menor de edad, y fué forzoso presentar aquél documento: uniendolo al expediente, devengaba el escribano menos derechos que testimoniandolo: hizolo así y me lo devolvió. Lo guardé con otros papeles, y cuando abandoné mi casa, con ellos, cédula personal, &.^a, me lo traje consigo. Y respecto á otras minuciosidades, en los expedientes matrimoniales donde media la nobleza y el dinero, todos los caminos son cortos y llanos. Con que ya vés chico, que estás poco ducho en estas cosas.

Cárlos.—Te explicas como un libro, pero yo cada vez veo mayor y mas cerca el peligro. ¿No temes que un día, por una de esas casualidades que suelen ocurrir, se descubra lo criminal de tu

conducta?

Ricardo.—Mira, si sucede, que no lo creo facil, habré de resignarme á expiar mi falta ó mi crimen, y sufriré con paciencia la pena á que según la circunstancias me haya hecho acreedor; por que á mal venir, Elena y mis hijos lo pasarán regular, y á bien venir, lo pasarán mejor. Mi individuo me importa bien poco: la existencia me supone menos; yo de todos modos vivo de milagro, y como no tengo cómplices, no me arguye la conciencia.

En el caso extremo en que tú te pones, ó mejor dicho en que me colocas, que como te he manifestado y repito no lo creo probable, ¿que podrá sucederme? ¿Será cosa de que me ahorquen ó me fusilen? Tú conocedor mejor que yo del código penal, sabes que no hay motivo para tanto; y te advierto que eso lo sentiría por la mancha de mi sucesión, que por mí... días hace me estorba la vida.

Carlos.—¿Y hasta cuando piensas estar desempeñando el papel de conde en el drama de tu vida?

Ricardo.—Hasta que Dios quiera; eso depende de las circunstancias.

Carlos.—Y en resumen; yo gá que he venido, ó que papel es el que me dedicas en esta tramoya? Tu sabes que por los amigos se llega hasta la puerta del infierno, pero.... que de allí no debe pasarse.

Ricardo.—No hay infierno que temer. Tu papel es el de un partiquino de poca importancia y muy facil, si bien imprescindible. En primer lugar te estarás á mi lado todo el tiempo que quieras, sin mas obligación que hacer tu voluntad, y la de ver, oír y callar respecto al manejo y desarrollo de mis planes, con mas la de pasar por lo que en realidad eres, el amigo mas íntimo desde la infancia, pagando así la confianza que unicamente con-

tigo he tenido. Y despues cuando te quieras marchar, me lo dices y se proveerá en el acto. (*Con reserva y miedo*) Dime, ¿has manifestado á alguna persona el contenido de mi carta ó el objeto de tu viaje al salir de Madrid?

Carlos.—Debía excusar la contestación; pero como considero que tu cabeza no está en su sitio, te dispenso el ultraje que acabas de inferirme. Si me tienes por tu único y verdadero amigo, y me has encargado guardar en absoluto el secreto, ¿está en su lugar la pregunta?

Ricardo.—Es verdad que no: dispensa y hazte cargo de que el hombre criminal, si no desconfía, por lo menos vacila algunas veces, y cree que á fuerza de repeticiones...

Carlos.—Se aclaran mas los conceptos.

Ricardo.—En segundo lugar, cuando te marches regresarás á tu casa con pretexto de haber tenido que asistir á una vista, á un certámen, á lo que tú quieras, menos la verdad. Recibirás sumas de consideración en letras sobre Madrid, como dinero impuesto por... cualquiera menos por mí; las entregas á Elena, y no me escribas nunca directamente, si no por conducto del administrador de esta casa, con un segundo sobre á mí, y en él la palabra «reservado.» Cada vez que lo hagas, que debe ser muy de tarde en tarde, depositarás la carta en una estafeta fuera de Madrid, aunque para ello tengas que hacer un pequeño viaje.

Carlos.—¿Y que mas hijo mio? Parece según la facilidad con que todo te lo encuentras, que has seguido con exquisito aprovechamiento la carrera de petardista; y como comprenderás casi he llegado á la puerta del infierno, y te propones que pase adelante.

Ricardo.—Y en tercer lugar, que cuides de que se dé carrera y educación á mis hijos con todo el rango posible, y que siempre ignoren Elena y ellos donde estoy.

Carlos.—Reasumiendo: que sea casi, casi, el marido de tu muger... no condesa, el padre de tus hijos, y el cómplice de todas las irregularidades que piensas cometer, trasladando á Madrid gran parte del caudal de la condesa. Aprovechar en beneficio de aquellos desgraciados seres cuanto puedas sisar á la incauta que has engañado, y que yo sea el puente por donde pase todo el cieno que solo tú eres capaz de inventar. Pues hijo busca otro que sea mas adecuado que yó, que solo seré mudo y ciego, pero nunca cómplice.

Ricardo.—Veo que no me has entendido y que me juzgas mal. (*Un tanto desconfiado*) ¿Tienes ahí mi carta?

Carlos.—(*Mostrandose la*) Presente, y á tu disposición.

Ricardo.—Pues venga y verás que bien arde. (*Coge la carta y le prende fuego sobre el cenicero que habrá en la mesa.*) Quien quita la ocasión quita el peligro, dice un antiguo refrán. Esto ya para nada sirve.

Carlos.—(*Riendo.*) Lo dicho, este conde es un hombre prevenido; vale lo menos por diez.

Ricardo.—La condesa. (*Al verla salir por la puerta del fondo.*)

ESCENA VII.

CONDESA, RICARDO Y CARLOS.

Ricardo.—(*Saliendo al encuentro.*) Tengo el honor amada Rosa de presentarte á mi mas querido amigo y paisano don Carlos Pérez, abogado.

Condesa.—Muy señor mio.

Carlos.—Señora, yo á la vez tengo la alta honra de saludar á su ex-

celencia, y de ofrecirme por su mas humilde servidor.

Condesa.—La honra es mia, y le ruego me dispense si le advierto, que los amigos de mi marido, que tambien son míos, están relevados de darme tratamiento.

Carlos.—Gracias, señora. *(Se sientan los tres, la condesa en medio y á la derecha Carlos, en sillas preparadas por Ricardo)*

Condesa.—Por lo que veo el señor don Carlos, es el amigo que con tanta impaciencia esperabas.

Ricardo.—Sí, me escribió que venía, y ya puedes suponer lo grato que me habrá sido estrecharlo entre los brazos, después del largo periodo de tiempo que no le veía.

Condesa.—*(A Carlos.)* ¿Y que tal el viaje?

Carlos.—Muy bien, hoy las locomotoras y los buques han acortado las distancias y dado mucha comodidad al viajero. *(Ricardo hace una seña de desagrado á Carlos que no pasa desapercibida á la condesa)* Mas... diré á usted, hay de todo. Tenemos la costumbre inalterable los españoles de contestar por lo regular de la manera que yo lo he hecho, cuando no ocurre ninguna desgracia que tenga los honores de grave; por ejemplo un descarrilamiento, que tan frecuentes son, un incendio ó un choque en los vapores, un robo &.^a &.^a Y la verdad es, que en largas jornadas se echa tanto de menos, se sufre tanto..!

Condesa.—Sí, ya... ¿Y le trae á usted algún negocio particular?

Carlos.—Solo ver á Ricardo, darle mi enhorabuena, y á la vez admirar las notabilidades de Roma, siendo mi primera admiración la felicidad que debe reinar dentro de este palacio.

Ricardo.—Yo por mi parte debo manifestar, que pocos hombres podrán decir «he sido feliz;» casi todos dicen «lo seré,» y que aunque ninguno ha dicho, «yo lo soy,» conmigo no vá este afo-

rismo: yo soy completamente feliz.

Condesa.—Yo no lo soy menos. ¿Y piensa usted permanecer muchos días en nuestra compañía? Por que supongo que Ricardo no dejará á usted que se hospede fuera de esta su casa.

Cárlos.—Si, ya ha tenido esa fina atención que tanto me honra: estaré cuatro ó seis días á lo más.

Condesa.—Poco és para el objeto que se propone. Esta noche por ser el día del santo de Ricardo doy un baile, y tendrá usted lugar de contemplar en él las bellas damas de la nobleza romana: ¿es usted soltero?

Cárlos.—No señora, por dicha mia hace ocho años dejé de serlo.

Condesa.—(*Poniendose de pie.*) ¡Hay que distraida! (*A Cárlos.*) Con el permiso de usted. (*A Ricardo.*) Con la grata presencia de este señor he olvidado decirte, que al entrar yo aquí ví á una señora que en la antesala espera. Le habían dicho en la portería que no recibías, y sin embargo pretestando un asunto de suma urgencia, se obstina en verte.

Ricardo.—No cáigo en quien pueda ser: alguna desdichada en demanda de socorro ó de recomendaciones. Esto es todos los días y á todas horas.

Condesa.—Á juzgar por su exterior, parece ser española. (*Cárlos se altera y Ricardo palidece.*) (Parece que ambos se han impresionado.) (*Con mirada investigadora.*) Señor don Cárlos, beso á usted la mano. Ricardo, hasta luego. (Yo estaré al cuidado)

Cárlos.—A los pies de usted.

Ricardo.—Adios Condesa.

Condesa.—(Creo que aquí hay algo, y que son celos lo que empiezo á sentir.) (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII.

RICARDO Y CÁRLOS.



Ricardo.—Cárlos, mírame.

Cárlos.—Ya te miro, ¿que?

Ricardo.—¿No ves que sudo?

Cárlos.—Si, ¿y que?

Ricardo.—¿No ves que estoy convulso?

Cárlos.—Si, ¿y... que?

Ricardo.—¿No ves que me estoy muriendo?

Cárlos.—No, lo que es eso no lo veo.

Ricardo.—Pues mira, yo veo que eres un zopenco.

Cárlos.—Gracias. Me parece que desde que eres conde, padezcas de accesos que antes no sufrías.

Ricardo.—¿No has oído á la condesa decir que había una señora esperandome, y que por su aspecto parecía española?

Cárlos.—Vamos, ya comprendo; que tu imaginación no vé mas que á Elena por todas partes, ¿no es eso?

Ricardo.—Presiento que sea ella... Si así fuese, ¿que hacer?

Cárlos.—No es de esperar.

Ricardo.—Mi corazón me dice que sí. ¡Cárlos aconsejame, ayúdame, no me abandones...! *(Se deja caer en una butaca.)*

Cárlos.—Mira, la incertidumbre hace á veces mas daño que la realidad. Salgamos pronto de dudas.

Ricardo.—Pues sal, que yo no me puedo sostener. Si és vuelve asaguada, y dila... no, no le digas nada: condúcela aquí... que no hable con nadie... que...

Cárlos.—La voz del crimen, es un grito que despierta la dormida conciencia. *(Vase por la puerta del fondo.)*

ESCENA IX.

RICARDO *(con abatimiento)*

¡Si fuese Elena! ¡Si hubiese cometido la locura de llegar has-

ta aquí! ¡Si fuese tan infame que hubiese abandonado á mis hijos! Si fuese, yo de ella casi tengo la seguridad que nada debo temer, es prudente. Pero, ¿y si la condesa se apercebe? Si sospecha, si descubre mi secreto, estoy perdido, y perdidos todos. (*Pausa.*) Pero, ¿y si no es ella? Es una ridiculéz lo que por mí pasa. Yo debo estar tranquilo hasta convencerme; justo.

Tambien se pone uno en lo peor, por que la tardanza de Carlos es de buen augurio para mí. (*Pausa.*) Pero por mas que quiero desechar aquella idea, el remordimiento....

ESCENA X.

ELENA, RICARDO Y CARLOS.

Carlos.—(*En la puerta del fondo cediendo el paso á Elena.*) Pase usted

Elena. (*Esta entra y se detiene al ver á Ricardo: este se dirige á ella pero no se acerca*)

Ricardo.—(¡No me engañaba mi dormido corazón!) ¡Elena mia, perdón! No te acerques á mí por que puedes mancharte. Acúsame de infiel, pero no de mal padre. Entrégame si te place á los tribunales de justicia, pero oye antes mi confesión.

Elena.—(*Con dignidad.*) ¡Mi perdón! ¿Para que puede servir mi perdón al cobarde que lo implora, ni que remedio puede poner á los hechos que son irremediables? ¡Que no te acuse de mal padre! ¿Acaso es bueno ni merece el nombre de tal, el que abandona á sus hijos? ¿Y aún se atreven tus labios á profanar esa palabra? Corazón de tigre, ni la fiera mas terrible abandona como tú á sus hijos. ¡Tribunales de justicia! ¿Que reparación pueden darme los tribunales? ¡Confesión! ¿Que sabes tú ambicioso, lo que és confesión?

Ricardo.—Elena, refrena tu lengua... ó no respondo de mí.

Elena.—¿Tambien me amenazas? Tócame si te atreves, y el primer

grito que dé, será el prólogo del escándalo. Creiste que con dinero todo se allanaba; que con riquezas todo se cubría; ¡que podías comprar mi honra! Que sabe lo que es honra, quien no se la dá á sí mismo.

Carlos.—Calma Elena por Dios; ¡si la condesa viniera...!

Elena.—Que me importa la condesa. Esa señora vilmente engañada, ha de saberlo todo tarde ó temprano, por mas que mis labios no han de ser causa del terrible desengaño que ha de experimentar. Lo que me importa és, que tú Ricardo me oigas breves momentos, y tambien este caballero, (*por Carlos*) que aún dudo el calificativo que se merece.

Carlos.—Señora, siento en el alma, que por efecto del trastorno que en estos instantes experimenta su razón y sano juicio, abrigue siquiera la mas remota idea de mi complicidad, en los hechos realizados por su amante esposo.

Elena.—¿Amante esposo ha dicho? ¡Pues no se atreve tambien á manchar sus labios con semejante burla! Oye Ricardo con atención, que procuraré ser breve. (*Adelantandolo al proscenio*) Una esposa de las mas desgraciadas, que vieron la luz del mundo; de las mas resignadas con el sufrimiento; de las mas cariñosas para su marido; de las mas tiernas para sus hijos, y de las mas agradecidas (*mirando á Carlos*) á la caritativa humanidad, vió un día hace cinco años, que su esposo en quien ella cifraba todo su honor, todo su orgullo, abandonó la casa de una manera enigmática, dejandola en el desamparo mas profundo, y con ella á tres hijos, víctimas inocentes...

Ricardo.—¡No me acabes de matar con su recuerdo!

Elena.—Calla hipócrita, y no me interrumpas, que urge mi ausencia. Aquella muger que fué esposa, y que sigue siendo sola-

mente madre, empezó á recibir al poco tiempo varias cantidades que periodicamente se hacían mayores, de un Rossini, por quien aparecía impuesto el dinero.

Como no recibía cartas ni noticias del que fué su esposo, por mas que abrigaba la seguridad de que era el numerario suyo, y á más ocultaba su nombre al girar, llegó á sospechar de su conducta, y sufriendo en silencio como una condenada, esperaba una ocasión propicia para buscar las huellas del paradero de su marido. A una casualidad... (á Carlos) ¿no recuerda usted, haberse dejado olvidada alguna carta en la mesa en que se desayunaba, y despues haberla encontrado sobre su bafete antes de partir para esta capital?

Carlos.—Es muy cierto ese detalle, y si la carta fué leída acusa un abuso, dicho sea con permiso, por parte de la persona que tal hiciera.

Elena.—La persona no hace al caso; lo importante es la copia: puede usted cotejarla. *(Le dá un papel que rapidamente lee Carlos, y despues entrega á Ricardo)*

Carlos.—Y yo que creía que nadie habia visto la carta de Ricardo, por un descuido inadvertido, he sido el culpable de que usted señora se encuentre entre nosotros?

Elena.—Así es la verdad; usted se embarcó un día antes que yó, pero hemos llegado casi á la vez en distinto buque.

Ricardo.—¡Maldita casualidad, y maldita curiosidad mugeríl! ¡Mi carta copiada por la mano de Elena! *(Rompe la copia en menudos pedazos que arroja.)* Esto mas que casualidad, se llama fatalidad.

Elena.—Como quieras, sigue oyendo. Una vez en Roma la señora á que se refiere mi historia, se dirigió al palacio de la señora condesa de San Marcial, con una alegría inmensa, con un placer

infinito, por que se acercaba el momento feliz de abrazar á su esposo, suponiendolo honrado desempeñando algún destino.

Rápida como el águila vuela, apenas llegó, preguntó en la portería por don Ricardo González, y figúrate cual sería su sorpresa, cuando oyó que un sirviente engalonado hasta las uñas, y con mal humorado acento le contestó: «su excelencia, marido de la señora condesa, que és por quien usted pregunta, está, pero no visible hasta que se le pase recado.» La infeliz muger, (*con marcada pena*) tuvo maquinalmente que apoyarse para no rodar por el suelo. (*Pausa.*) Pasó el vahido y trémula; con la mas reconcentrada ira y gran dosis de paciencia, ha estado esperando á que el señor conde le permitiese algunos minutos de audiencia. Como todo tiene término en este mundo, llegó á ella (*por Carlos con malicia*) el confidente del señor conde, y le hizo pasar á una régia estancia, digna por cierto de estar mejor ocupada, y comienza su misión.

Ricardo.—¿Que és lo que te propones?

Elena.—Poca cosa. (*Con seria dignidad.*) Ante todo, falso conde de San Marcial, devolver á su excelencia íntegras todas las sumas que he recibido, por que ni son tuyas, ni una muger de mi honor puede aceptartas. (*Le arroja un envoltorio con papeles.*)

(*Indignada.*) Mírame si és que puedes, y la vergüenza te deja. Mira mis ojos marchitos de tanto llorar tu ausencia. Mira mis manos estropeadas por el trabajo sin descanso para ganar el alimento mas preciso... Considera á tu Blanca bordando ajeno de noche y día por precisión. Compara la vida mas que humilde miserable, de aquellos seres á quienes su madre ha enseñado á rezar, para que diariamente pidan al Supremo Hacedor por la salud de su padre, antes de entregarse al descanso, con

el fausto de estos salones, y el cúmulo de riquezas que te rodean. Compara...

Ricardo.—(*Avergonzado é inquieto.*) ¿Que es lo que quieres? ¿Que es lo que deseas? Dilo, pide que serás obedecida, pero no me atormentes mas. (*Preparado el telón.*)

(*La condesa oye con atención desde el dintel de la puerta de la derecha, sin ser vista por los que están en escena.*)

Elena.—¿Que es lo que quiero? ¿Y tú me lo preguntas? Que recuerdes que tienes hijos que reclaman tu presencia, seas mas pobre que un mendigo: que recuerdes que soy tu legítima y legal esposa: que....

ESCENA XI.

CONDESA, ELENA, RICARDO Y CARLOS.

Condesa.—¡¡¡Jesús!!! (*Saliendo á escena.*)

Carlos.—Ya llegó aquello.

Ricardo.—(*Saliendo á su encuentro.* ¿Condesa, que te sucede?

Elena.—(*Con humildad*) Señora, perdón... Un acceso de locura, acaso ha hecho que pronuncie palabras que no son verdad...

Condesa.—Todo lo he oído, y lo comprendo todo. (*Abriendo los brazos á Elena.*) ¡Mártir, llora en los cariñosos brazos de una víctima infeliz!!! (*Quedan abrazadas la Condesa y Elena; Ricardo espantado de su situación, y Carlos contemplándolos á todos. Telón despacio.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo: la escena en el propio día; sobre la mesa varios libros, y junto á ella una silla.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS *sentado al bufete hojeando diferentes libros.*

«El que contragere segundo ó ulterior matrimonio, sin hallarse legitimamente disuelto el anterior, será castigado con la pena de prisión mayor.»

Esto nos dice el artículo 486 del código penal civil español vigente: esto nos enseñó el artículo 395 del antiguo, ó sea el de 1850: La misma definición se encuentra en el artículo 340 del código penal francés: tenemos los artículos 185, 186 y 187 del código austriaco, y el 331 del napolitano que encarnan la misma prescripción, con mas ó menos duración de la pena. El código del Brasil en su artículo 249 se ocupa del mismo caso, y el 452 del italiano impone mas severa pena al delito de que se trata. (*Paseando con un libro abierto.*)

Con el nombre de matrimonios ilegales, se comprenden todas aquellas uniones que adolecen de un vicio de nulidad, por existir entre las personas que las contraen, un impedimento dirimente, ora no dispensable, ora dispensable, ó las que se han contraído mediando ciertos impedimentos de la clase de impeditivos. Entre los impedimentos dirimientes, hállase en primer lugar el llamado ligamen ó vínculo matrimonial anterior,

que incapacita al sujeto para contraer otro nuevo.

La transgresión de esta prohibición de contraer segundo ó ulterior matrimonio, sin estar legitimamente disuelto el primero, prohibición impuesta, á la vez que por el derecho divino y eclesiástico, por la legislación de todos los pueblos cultos, constituye el delito de bigamia, objeto del caso de que se trata.

Tres son los elementos esenciales del mismo: el vínculo matrimonial anterior; la celebración de nuevo matrimonio antes de la disolución de ese vínculo anterior, y por último, la intención fraudulenta que constituye la criminalidad misma del acto. (*Se sienta.*) Todos los tres elementos concurren aquí. (*Sentencioso.*) «Sunt lacrymae rerum» como dice Virgilio en su *Encida*. Hay cosas que arrancan lágrimas, y esta es una de ellas.

ESCENA II.

CÁRLOS Y RICARDO.

Ricardo.—(*Saliedo por la puerta izquierda.*) Ola Carlos, ¿que haces?

Carlos.—Ya lo vés, aquí á vueltas con todos estos libros que he pedido, los que concluirán por volverme loco, antes que mi pobre inteligencia pueda encontrar algo que atenué tu crimen, que á la verdad, es mas grave de lo que parece. (*Mostrandole uno de los libros.*) «Código penal italiano.» Este es tu Juez; el que entre todos los que he repasado aprieta mas.

Ricardo.—(*Con extrañeza.*) ¿El código penal italiano? ¿No soy español?

Carlos.—Sin duda; pero todos los autores convienen en que, el lugar del delito causa fuero en materia criminal. Tú has delinquido en Roma.

Ricardo.—(*Entretenido con el sombrero que tiene en la mano, demuestra seriedad, y tener la imaginación en otra cosa.*) ¿Y que pena me im-

pone esa Ley?

Carlos.— Señala á los que cometen el delito de bigamia, presidio mayor.

Ricardo.— ¿Y eso que és? ¿Cuanto es el tiempo de su duración?

Carlos.— De doce á veinte años, según las circunstancias agravantes ó atenuantes, que puedan apreciarse por el Tribunal sentenciador.

Ricardo.— Va, y que poco sabes chico. Ya tengo preparada mi defensa, y te aseguro que no me condenarán los Tribunales. Ya verás como sin ser abogado me evado de ese código. Ese libro y todos los de su clase, están escritos para los tontos. ¿Verdad Carlos que yo no pertenezco á ellos?

Carlos.— En efecto, de lila no tienes nada; pero de... listo como hoy se dice, puedes doctorarte.

Ricardo.— ¿Esto es un conflicto, eh? pues solución radical. Voy á salir, y espérame que pronto vuelvo. Si alguien pregunta, ya lo sabes.

Carlos.— Bueno hombre: cualquiera diría al vernos que yo soy el culpable, toda vez que tú estás mas sereno que yó.

Ricardo.— Á lo hecho, pecho; refrán de nuestro país. Adios y sigue estudiando. (*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

CÁRLOS.

(*Pensativo.*) ¿Que intentará ahora? ¿Irá á buscar la tercera muger? Por que este es muy capáz. ¡Y tan fresco!

Dos mugeres y un solo marido: un código penal y un culpable. ¡Y que la condesa con todos sus humos, se vá á estar quieta y calladita! Para eso si le dá el capricho de acusarme como cómplice ó como encubridor. ¡Que bonito viaje, y que pintores-

ca me vá á parecer Roma! Y bien mirado, el causante de que se descubra este enredo he sido yo. El descuido de haberme dejado olvidada la carta lo voy á pagar caro. Si se me hubiera ocurrido la idea de encender un cigarro con ella, no me vería en estos apuros, por que Elena no se hubiera enterado.

(*Sentado y hojeando un libro*). Estudiemos por lo que truene, quienes son cómplices y quienes encubridores. Mas atrás, mas; ya está aquí. Son cómplices...

ESCENA IV.

ELENA Y CARLOS.

Elena.—(*Con pena saliendo por la puerta del fondo*. Don Carlos, ¿y Ricardo?

Carlos.—Hace un momento ha salido á la calle, y pronto debe volver según me aseguró.

Elena.—Necesito de usted. Es preciso que me ayude, que recurra á su ingenio, y que veamos si podemos remediar todo el mal que he hecho. Solo yo, guiada por la fatalidad, he descubierto el crimen de mi marido, y aunque este no merece mi perdón, ojalá que con él pudiera librarlo del infamante presidio. Tiemblo por Ricardo; tiemblo por mis hijos que los considero ya huérfanos de padre. ¿Ha visto usted á la señora condesa desde esta mañana?

Carlos.—No: cuando abrazadas las dos se marcharon ustedes, Ricardo se fué á sus habitaciones y yo me quedé aquí, á donde he mandado traer todos estos volúmenes, para ocuparme del asunto, y ver si puedo sacar algún fruto.

Elena.—¡Que situación! ¡Me ahoga la pena al oír á la condesa! Extravía mi razón el remordimiento, por haber lanzado al aire palabras que no pude recoger, aunque intenté hacerlo. Me ator-

menta el porvenir de Ricardo, y me asusta el de mis hijos, inocentes, pobres y desamparados, cerniéndose sobre sus celestiales cabezas el estigma de la infamia...!

Carlos.—Elena procure usted calmarse por el pronto, y ya veremos. No hay que desesperar: afrontemos los acontecimientos como vengan; defendamos á Ricardo como podamos, y ruede la bola. La condesa. (*Al verla salir por la puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

CONDESA, ELENA Y CARLOS.

Condesa.—Elena os buscaba para hablaros (*por Carlos*) sin testigos.

Carlos.—Señoras, á los pies de ustedes.

Elena.—Beso á usted la mano. (*Carlos se marcha por la puerta del fondo sin ser saludado por la condesa, que con altívez lo mira hasta que desaparece: despues se sienta y señala á Elena lo haga á su izquierda*)

ESCENA VI.

CONDESA Y ELENA.

Condesa.—Sentaos cerca de mí. (*Lo hace, páusa.*) Me habeis referido vuestra historia, y en verdad, me ha interesado. Comprendo que teneis un alma grande, noble; tan noble como infame y pequeña es la de Ricardo.

Elena.—Gracias por cuanto á mí se relaciona. La desgracia siempre interesa al que abraza humanitarios sentimientos; pero juzgado cuan atormentadoras serán en mis oídos las palabras que ofenden á Ricardo, digo mal, no le ofenden por que con su conducta se ha hecho acreedor á todo.

Condesa.—Pensad que dentro de breves horas ha de estar en poder de la justicia humana, para contestar á los cargos que se le hagan primero, y despues para expiar su delito. Pensad que mi

honor está por el suelo, y que antes que se publique mi deshonra y pueda llegar á mis oídos la mofa, he de abandonar á Roma para siempre: que me dejo aquí todos mis recuerdos, todas mis afecciones, toda mi alma....

Elena.—Yo señora, partiré hoy mismo, y partiré sola, si es que don Carlos no me acompaña.

Condesa.—¿No habeis venido sola? Pues si sola habeis llegado hasta aquí, bien podeis regresar con el mismo aislamiento. Don Carlos ha de quedarse, por que habrá de responder ante el tribunal de su complicidad, y si no es cómplice, por lo menos es encubridor. Resignáos con vuestra desgracia, que siempre os será mas fácil que á mí.

Elena.—Yo me someto á todo, y si en mis manos estuviera devolveros la tranquilidad, aún á costa de grandes sacrificios lo haría. Si en mí consistiera relevar á Ricardo de la infamia que le aguarda, con voluntad lo hiciera. Dios que me oye, sabe que no le guardo rencor, que le perdono de todas veras el mal que me ha hecho y las penalidades que me esperan. No diré que vos señora hagais otro tanto...

Condesa.—(*Con altiréz*) ¿Y os atreveis siquiera á imaginarlo? Sabed que aunque os miro con lástima, no os doy derecho á que os podais figurar, que vuestras súplicas ni vuestras lágrimas puedan interceder ni cambiar la senda trazada por mi suprema voluntad. Si vos os encontraseis en mis circunstancias, quizá no seriais tan... clemente. Varía mucho, mucho, entre la ofensa recibida por vos pobre mujer, y la que se ha inferido á mi decoro. Va enorme diferencia de una mujer olvidada, á una señora ultrajada. Mi dignidad, mi nombre y mi decoro, están al borde del gran precipicio de la mofa y del escándalo. Yo...

Elena. --Perdonad si me atrevo á haceros una observación, no para que la sigais, si no para que penseis en ella.

Condesa.—Decid.

Elena.—Si lo hecho no tiene remedio; si vos nada provechoso sacais de dar parte á la justicia, mas que llevar á efecto una venganza; si la sentencia que recaiga en el proceso no os dá reparación alguna, ¿no precaveis que el silencio y la prolongación del secreto, sería mas beneficioso para vuestra reputación? ¿No alcanza vuestro gran talento, ofuscado en extremo sin que os falte la razón, que la publicidad de ese secreto es la que os aproxima al borde como habeis dicho, del precipicio de la mofa y el escándalo?

Condesa.—Basta: vais siguiendo un camino muy áspero y muy torcido. Podeis guardar vuestros consejos para quien os los pida, ó para quien los halla de menester. (*Se levantan.*) Podeis marcharos cuando gustéis, por que á lo que veo, os váis tomando mas libertades que las que pude imaginar. (*Soberbia.*) Si no cometiese un atentado yo misma contra mi dignidad, os devolvería vuestro marido.

Elena.—(*Con humildad.*) Perdonad por todo. Me voy enseguida de vuestro palacio con el alma hecha pedazos; mas antes permitirme os bese la mano en señal de agradecimiento, por la buena acogida que me tuvisteis, y por que gocé la alta honra de recoger en mis megillas vuestras lágrimas, confundiendolas con las mias.... (*Llorosa le besa la mano.*) Nunca os olvidaré, antes bien, os amaré desde lejos y en silencio, por que la desgracia ha hermanado nuestras almas...!

Condesa.—(¡Pobre mujer!)

Elena.—Otro y último ruego. Si me permitieseis siquiera esperar á

Ricardo para despedirme de él; si fuseis tan bondadosa que me otorgaseis este favor, mi gratitud será eterna... No he de volverlo á ver, y juzgad cuan justo es darle el último adios al padre de mis hijos, tan criminal como querrais, pero al fin padre de aquellas inocentes criaturas, que son mas desgraciadas aún que nosotras, y cuyo porvenir está escrito en caractéres muy negros; mas negros que la misma miseria...

Condesa.—Bien, bueno. Si continuais así me vais á hacer llorar tambien, y no pienso verter mas lágrimas por que me avergüenzo de ello. Por lo que infiero, no tendreis recursos para el regreso: tomad esta pequeña cantidad. (*Le da una cartera, que con dignidad rehusa Elena.*)

Elena.—Gracias señora; muchas gracias, y no añada, por favor, por lo que mas estime, por la salvación de su alma, no añada repito el ultraje, al desprecio con que me trata. (¡Estas señoras ignoran que los pobres tambien tenemos dignidad!)

Condesa.—¿Rehusais un recuerdo?

Elena.—No, eso no. Como recuerdo aceptaré de vos cualquier objeto que no tenga valor, y lo guardaré toda mi vida, recreando mi abatido espíritu con él en mi soledad cuando nadie me vea; pero dinero, jamás. Dios que no desampara á nadie, me ayudará.

Condesa.—(Pobres y orgullosos) Pues entonces, espere y despídase de Ricardo si es que vuelve, por que... hasta puede haberse fugado.

Elena.—No lo creais señora: ha cometido un crimen por ambición, pero no es cobarde. Yo fio que como ha tenido valor para perpetrarlo, lo tendrá para expiarlo.

Condesa.—Bien haceis en defenderle; y puesto que aceptais un re-

cuerdo mio, avisadme antes de partir. (*Vase puerta derecha.*)

ESCENA VII.

ELENA.

¡Que conflicto! ¡Que caracter de condesa! ¡Que egoismo! Sus penas son las mayores... Los desheredados de la fortuna no sabemos ni podemos sentir; estamos imposibilitados hasta de tener corazón. ¡Eso creen los poderosos! ¡Si pudiesen ver el mio..! ¡Y hasta ofrecirme dinero! Vamos que según ellos, somos otra raza intermedia entre los irracionales y los nobles y ricos.

¡Y Ricardo sin volver, y esta casa se me cae encima! Si yo saliendo y buscándolo pudiese verlo, abreviaría mi partida, por mas que no sé, si tendré valor para abandonarlo. ¿Quién ha de cuidarlo en su prisión? Y tampoco puedo permanecer á su lado, me reclaman mis hijos. ¿Por que los dejé? ¿Por que vine aquí? ¿Por que no reflexioné y hubiera evitado todo el mal que he hecho? ¡Si los procesos fueran menos lentos! ¡Si la tramitación fuera mas rápida! (*Reflexionando pasea por la escena*)

¿Y ha de ser irremisiblemente condenado? ¿Y he de seguirlo al presidio? ¡Hay de mí! (*Páusa.*) ¿Si yo pudiera hacer desaparecer mi partida de casamiento? ¿Será esto posible? Yo pasaría aquí por una impostora, y Ricardo se salvaría. ¿Y la dignidad de mujer ofendida? ¿Había de seguir ausente de mí casado con la condesa? ¿Podría resistir los terribles latidos de mi despedazado corazón? Creo que no. ¿Y podría sobrellevar sin atormentar mi conciencia, el fatídico recuerdo de no librarle pudiendo, de la infamante cadena? Creo tambien que no. ¡Pobre imaginación femenil, que poco abarcas! (*Páusa.*)

¿Que haría yó? Responde cerebro. ¿Si yo muriera...? Justo, una menos. Pero, ¿y mis hijos? Necesito estar sola donde nadie

pueda entrar ni distraer mi pensamiento. (*Mirando á la puerta de la derecha.*) ¡Creo condesa que te venzo, si Dios me ilumina, ó Satanás me ayuda. (*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA VIII.

RICARDO *por la puerta del fondo ojoso, y despues de dejar el sombrero consulta su reloj.*

¡Las tres, todavia las tres! ¡Que largas son las horas cuando se padece! ¡Que tormento el tiempo que me queda de fiebre y remordimiento! Solo, abandonado, maldito, me vá faltando el aire y la luz. Me parece que esta habitación es mi sepulcro y que estoy enterrado en vida. Esto ya no es vivir; por fuerza he de morir, y esta morada templo de mis ambiciones, se convertirá en capilla ardiente... (*Páusa. Se sienta en una silla.*)

La existencia representa un trabajo en provecho propio ó del prógimo, y yo estoy estorvando. El aire que enveneno con mi hálito, hace falta en otros pulmones mas sanos y mas honrados que merezcan respirar. Si la muerte es al fin un consuelo y un descanso, no soy acreedor ni á la muerte. En mi imaginación desfilan atropelladamente diversas imágenes mías, en distintos episodios de mi accidentada existencia: una se destaca mas visiblemente entre todas, la ambición, crimen horrible que tortura mi conciencia. (*Páusa y de pie.*)

¡Yo abandoné á mis hijos, huí de una vírgen y engañé á otra mujer! ¡Que recuerdos tan lúgubres, y que pasado tan negro! La memoria es mi martirio. Si mi yó actual pudiera desligarse del yó de otra época, constituyendose como un solo individuo, localizado en el presente... Pero no puede ser; quimeras que forja mi provocada calentura. No sé que hacer para atrofíar mis facultades recordatórias....

ESCENA IX.

RICARDO Y CARLOS. (*Este entra por la puerta del fondo*)

Cárlos.—Pues es muy sencillo.

Ricardo.—¿Quien és? ¿Quien se atreve á interrumpirme? Ah ¿eres tú, Cárlos?

Cárlos.—Si, yo soy. ¿Que te sucede? Me miras de un modo...

Ricardo.—La Providencia te ha traído; te necesito. Me precisa mas que nunca tu amistad. Conviene tu prudencia. Me siento morir; toma. (*Le dá un papel y se deja caer en una butaca*)

Cárlos.—¿Pero que es esto?

Ricardo.—Lee, y obra como te aconseje el deber de buen amigo.... Esto ya no tiene remedio.

Cárlos.—(*Despues de leer*) ¡Dios eterno! ¿Que has hecho?

Ricardo.—Librarme de la afrenta. Defenderme de la justicia de los hombres, y someterme á la divina... (*Agitado.*)

Cárlos.—(*llamando con el timbre y á voces.*) Condesa, Elena, socorro, aquí todos... Vivo, Elena....

ESCENA X.

RICARDO, CÁRLOS, CONDESA, ELENA Y CRIADO.

Criado.—(*Por la puerta del fondo.*) Señor...

Cárlos.—Pronto, á escape un médico, dos, tres... (*Vase el criado.*)

Elena.—(*Por la puerta del fondo.*) ¿Que sucede?

Ricardo.—¡Elena mia, perdón! (*Hace por levantarse y no puede.*)

Cárlos.—Valor. (*Al oido de Elena.*) Se ha envenenado.

Elena.—Infeliz, ¿que has hecho? (*Poniendose á su lado.*)

Ricardo.—En un momento de irreflexión y de aturdimiento, se ausentó de mí la dignidad, el sentido común, la razón, y cobardemente te abandoné...

Elena.—No pienses en el pasado ahora: don Cárlos, vea usted de sal-

varle la vida. Llame, pida auxilio...

Carlos.—Ya he mandado buscar médicos. (*A voces en la puerta de la derecha.*) Condesa, condesa...

Ricardo.—Bárbaro de mí, huí de mis hijos...

Condesa.—(*Saliendo por la puerta de la derecha.*) ¿Que ocurre? ¿Quien grita? ¿Con que derecho ni permiso?

Carlos.—Señora, el que grita soy yo; y en momentos tan perentorios y angustiosos, no estamos para reconvenciones.

Ricardo.—(*Cada vez mas postrado.*) Rosa, condesa...

Condesa.—No he de contestar: solo deseo desalojen cuanto antes, y me dejen tranquila.

Elena.—¡Que caracter!

Ricardo.—¡Condesa, tu perdón...! (*Con lágrimas*)

Carlos.—Señora, estoy seguro que vuestras creencias religiosas no permitirán negarlo, ni lo negará.

Condesa.—Jamás.

Carlos.—El Mártir del Gólgota próximo á espirar, perdonó á sus enemigos...

Ricardo.—¡Perdón, que muero! (*Emocionado.*)

Condesa.—Nunca.

Carlos.—Es que lo pide llorando un moribundo, señora. (*Le dá el pa-pel que conserva en la mano*) Leed.

Elena.—(*De rodillas á la derecha de Ricardo.*) Ricardo anímate, y aunque me has ofendido, yo te perdono....

Condesa.—(*Despues de leído y con entusiasmo, se coloca de rodillas á la izquierda de Ricardo.*) Y yo tambien te perdono, con todo mi corazón.

Ricardo.—Gracias, ya tranquilo puedo comparecer ante Dios. El cerebro me arde, y la sangre se precipita en él, como si el resto

de la red venosa estuviese obstruido. (*Páusa.*)

Oídme las dos, y el consuelo que me queda, hará que sea menos horrible mi agonía. Hoy hace cinco años abandone á esta mártir, (*por Elena*) cuyos pormenores de aquél mi primer crimen, son muy largos para contados, y mi existencia acaba. Momentos antes de mi partida, mi hija Blanca me regaló este pañuelo, (*saca del pecho el pañuelo del primer acto*) bordado en su corta edad por sus propias manos, y el cual desde entonces llevo á manera de escapulario...

Elena.—¡Concluirás por matarnos á todos! (*Carlos estará detrás de Ricardo.*)

Ricardo.—No tengo mas que esta adorada reliquia (*besa el pañuelo*) que ofreceros en pago de vuestro perdón, el cual no merezco atendiendo á mi pasado... ¡Que horrible debo pareceros, y que repugnante debéis encontrarme! (*Páusa.*)

Yo os ruego, á tí, (*á Elena*) por la salud y felicidad de nuestros hijos; y á tí, (*á la condesa*) por la salvación de tu alma, que en estos supremos instantes, admitáis mi ofrenda por mitad, (*raja por medio el pañuelo dando á cada una la mitad*) puesto que por igual habeis participado de las desdichas causadas con mi criminal ambición... (*Cada una toma su pedazo de pañuelo y coge una de las manos de Ricardo, al que sostiene la cabeza Carlos.*) No maldigais... mi memoria .. y... rogad...á Dios... por...mí. (*Espira. Preparado el telón*)

ESCENA XI.

DICHOS Y EL CRIADO.

Criado.—(*Desde la puerta del fondo.*) El doctor espera.

Carlos.—(*Volviendo la cabeza sin soltar á Ricardo.*) No hace falta ya el doctor. (*Vase el criado. Elena y la condesa se levantan.*)

Condesa.—Elena, abrazad á vuestra hermana, si como tal me aceptais.

Elena.—Para siempre, con el alma y la vida. (*Se abrazan.*)

Condesa.—(*Con dramática solemnidad.*) El conde de San Marcial ha muerto. Cuando con los honores que corresponden á su clase, se pida al Supremo por el eterno descanso de su alma, juntas partiremos á España en busca de la primitiva dueña de este lienzo, que será en lo sucesivo la condesa de San Marcial.

(*Al volver á arrodillarse como estaban, cae el telón.*)

FIN DEL DRAMA.